

NARCOTRÁFICO Y GÉNERO: LA MASCULINIZACIÓN DEL SUJETO Y LA CONFIGURACIÓN DE PROYECCIONES DISTÓPICAS DE LA MASCULINIDAD

DRUG TRAFFICKING AND GENDER: THE MASCULINIZATION OF THE SUBJECT AND THE CONFIGURATION OF DYSTOPIAN PROJECTIONS OF MASCULINITY

Jonathan Ojeda Gutiérrez
Escuela Normal No. 4 de Nezahualcóyotl

Recepción: 7 de septiembre de 2024

Aceptación: 8 de noviembre de 2024

Resumen

En México, el narcotráfico forma parte de la organización socioeconómica capitalista, una actividad de alta rentabilidad para la economía criminal. A su vez, se ha convertido en un fenómeno sociocultural que contribuye a la producción de cuerpos y subjetividades. El objetivo de este artículo es contribuir a las reflexiones sobre los estudios de las masculinidades en diversos contextos como es el narcotráfico y su incidencia en la masculinización del sujeto, al crear ficciones distópicas de género. Se hizo uso del método hermenéutico para el estudio de la construcción social de identidades masculinas en fenómenos sociales complejos como el narcotráfico. La construcción de este artículo se hace desde los estudios de género y masculinidades para comprender que la emergencia de nuevos paradigmas masculinos no precisamente están

Ojeda-Gutiérrez, J. (Septiembre-Diciembre, 2024). "Narcotráfico y género: La masculinización del sujeto y la configuración de proyecciones distópicas de la masculinidad" en Internacionales. Revista en Ciencias Sociales del Pacífico Mexicano, 7(16): 18-42

vinculados a procesos emancipatorios. Debido a que, el capitalismo como proyecto civilizatorio al imponer un tipo ideal de ser humano, los hombres encuentran en el narcotráfico y el uso excesivo de la violencia una herramienta de empoderamiento para cumplir con las exigencias impuestas y ser reconocidos como sujetos, seres humanos modernos que encajan perfectamente en la economía capitalista, a pesar de su representación distópica.

PALABRAS CLAVE: *Ficciones de género; santo visible; masculinidad distópica; capitalismo*

Abstract

In Mexico, drug trafficking is part of the capitalist socioeconomic organization, a highly profitable activity for the criminal economy. In turn, it has become a sociocultural phenomenon that contributes to the production of bodies and subjectivities. The objective of this article is to contribute to reflections on studies of masculinities in various contexts such as drug trafficking and its impact on the masculinization of the subject, through the creation of dystopian gender fictions. The hermeneutic method was used to study the social construction of masculine identities in complex social phenomena such as drug trafficking. The construction of this article is based on gender and masculinity studies to understand that the emergence of new masculine paradigms is not precisely linked to emancipatory processes. Because capitalism as a civilizational project by imposing an ideal type of human being, men find in drug trafficking and the excessive use of violence a tool of empowerment to comply with the imposed demands and be recognized as subjects, modern human beings that fit perfectly into the capitalist economy, despite their dystopian representation.

KEY WORDS: *Gender fictions; visible saint; dystopian masculinity; capitalism*

Ojeda-Gutiérrez, J. (Septiembre-Diciembre, 2024). "Narcotráfico y género: La masculinización del sujeto y la configuración de proyecciones distópicas de la masculinidad" en Internacionales. Revista en Ciencias Sociales del Pacífico Mexicano, 7(16): 18-42

Introducción

El narcotráfico como objeto de estudio desde el género y las masculinidades permite comprender que este fenómeno social contribuye a la conformación de identidades sexo-genéricas y subjetividades. El objetivo de este artículo es reflexionar sobre la relación que tiene el narcotráfico como fenómeno social en los procesos de la masculinización del sujeto, debido a su carga simbólica que funciona como un dispositivo sexo-genérico. En términos butlerianos, la masculinización del sujeto en el narcotráfico tiene relación con "la construcción performativa del género dentro de las prácticas materiales de la cultura" (2007, Butler, p.85). Para la finalidad de este artículo se entenderá por masculinización del sujeto como la construcción social de identidades masculinas en medio de fenómenos particulares (narcotráfico), aspectos culturales, normas, prohibiciones y reglas que inciden en la construcción de género.

El interés de este texto no es presentar una posición esencialista del sujeto masculino involucrado en el narcotráfico como actividad delictiva, al contrario, abonar a las reflexiones sobre la diversificación y complejidad de la construcción social de las masculinidades. Se hace uso del método hermenéutico desde el enfoque de género como una herramienta para ampliar los horizontes de interpretación sobre la construcción social de las masculinidades en escenarios específicos y complejos (Villamizar, 2019).

El método hermenéutico para el estudio de la construcción social de identidades masculinidades desde el enfoque de género es por su carga ético-política para exponer las fracturas sociales y emprender una crítica al orden social. Esto permite realizar el estudio de los significados de la construcción de identidades masculinas en el narcotráfico como parte de los procesos sociohistóricos en que se configura las relaciones sociopolíticas de poder y de género (López, 2013; Puleo, 2013; Mardones & Saavedra, 2018). Para la realización de este artículo de carácter cualitativo, se hizo una revisión de literatura sobre

los aportes de diversos estudios que han analizado desde el enfoque de género y otras disciplinas el narcotráfico como un fenómeno social que incide en la construcción de identidades y subjetividades masculinas. Este artículo es un ejercicio hermenéutico para comprender que el narcotráfico funciona como dispositivo sexo-genérico que inciden en la masculinización del sujeto y producción de subjetividades.

El artículo se divide en cinco apartados, en el primero, se esboza que la expansión del narcotráfico como actividad criminal representa parte del deterioro del tejido social y ausencia del Estado (Ávalos, 2016). Sin embargo, su presencia no desentona con el *ethos* capitalista, aunque se dé en la ilegalidad. Además, como fenómeno social se posiciona como una manifestación cultural que se convierte en una subcultura criminal y con una estética que influye en la producción de cuerpos y subjetividades (Bourdieu, 2000; Pavarini, 2009; 2016). En el segundo apartado se discute la relación que tiene el narcotráfico como manifestación cultural en la producción de ficciones de género, al operar como un dispositivo sexo-genérico que incide en la constitución de identidades masculinas ancladas a la violencia y empatadas con los modelos hegemónicos (Connell, 1997; Valencia, 2010; 2020; Núñez-González, 2021).

En el tercer apartado, se discute que el capitalismo como proyecto civilizatorio incide en la legitimación de la masculinidad, anclada a un modelo dominante, al poder y a la dominación. El capitalismo promueve un tipo de ideal de ser humano. En este caso, una masculinidad vinculada al éxito en todos los aspectos de la vida, es decir, un "santo visible" que los hombres desean alcanzar para ser reconocidos (Echeverría, 2010; 2016). Es frente a estas exigencias que el sujeto masculino emprende acciones para alcanzar la condición de "santo visible". Por ejemplo, hacer del narcotráfico una actividad económica para alcanzar los estilos de vida promovidos por la modernidad capitalista y alcanzar su condición humana. En el cuarto apartado, se expone que el sujeto masculino inmerso en el narcotráfico es una proyección distópica del proyecto civilizatorio que promueve el capitalismo. Se trata de una representación

grotesca de la masculinidad que busca el reconocimiento en el "lado B" del capitalismo, que utiliza la violencia como herramienta de empoderamiento (Valencia, 2010; 2016; 2020). Por último, se presentan una serie de conclusiones donde se expone que es oportuno ampliar los horizontes de comprensión sobre los procesos de construcción social de la masculinidad en escenarios complejos como el narcotráfico. Debido a que, esta actividad delictiva no solo se ha convertido en una estrategia de supervivencia para lograr un estatus y reconocimiento. Además, que se ha logrado posicionar como un dispositivo de poder sexogenérico que promueve una masculinidad distópica que se construye al margen de ilegalidad, pero coherente con el *ethos* capitalista de acumulación.

Narcotráfico, subcultural criminal y producción simbólica

El narcotráfico como actividad criminal forma parte de la organización socioeconómica capitalista que opera en la ilegalidad e irrumpe con el orden constituido. Para Pavarini (2016), representa una alteración y desobediencia al orden social, además, simboliza lo negativo de la existencia de la sociedad, que resulta ser el efecto de una desorganización social. El narcotráfico como actividad delictiva es también un campo histórico-existencial que atraviesa lo social, lo económico, lo político y lo cultural; que produce y reproduce realidades, incluso subjetividades. Es ahí donde emerge la figura del narcotraficante como arquetipo, que en medio de la desmesura y de la barbarie capitalista busca reafirmarse una identidad y alcanzar estilos de vida promovidos por el capitalismo. Rompe con las formas legales de la racionalidad capitalista, pero no con el *ethos* de la acumulación del capital.

En términos de Ávalos (2016), el narcotráfico como actividad delictiva es una representación del deterioro social que, asociado con el crecimiento exponencial de la violencia, es la ausencia de la ética en el ejercicio del poder. El narcotráfico por operar en la ilegalidad pudiera presentarse como un síntoma de la crisis del capitalismo.

Sin embargo, para la lógica de la acumulación del capital, es funcional al sistema capitalista al convertirse en un modelo de negocio para acceder al modo de civilización impuesto. Se convierte en una alternativa para mejorar las condiciones materiales de existencia de los individuos, aunque opere en la ilegalidad. En una sociedad marcada por la desigualdad social, el individuo al no ver un mejoramiento de sus condiciones materiales de existencia ni la extensión de su bienestar cae en la angustia y la desesperación. Frente a esto busca caminos alternos para satisfacer sus necesidades y deseos, que impone el capitalismo como proyecto civilizatorio. De esta manera, el sujeto hace de la actividad delictiva una opción disponible para satisfacer dichas necesidades y deseos. Entonces, el narcotráfico se convierte en parte de la lógica de acumulación de capital desde las fronteras de la ilegalidad, al convertirse en una narco-economía (Kaen, 2006; Castillo-Carrillo, 2021).

Ahora, el narcotráfico más allá de ser una narco-economía, es un fenómeno social que, en medio de la vorágine de la ilegalidad y la violencia, se gestan valores culturales e ideológicos. Es decir, esta actividad se puede interpretar como una contradicción con la estructura social y cultural dominante, donde emerge una subcultura criminal. Para Pavarini "la constitución de subculturas criminales representaría por lo tanto la reacción necesaria de algunas minorías altamente desfavorecidas ante la exigencia de sobrevivir, de orientarse dentro de una estructura social, a pesar de las limitadísimas posibilidades legítimas de actuar" (2016:111). Bajo estos criterios, del narcotráfico como subcultura criminal y fenómeno social, se desprenden una serie de sucesos a su alrededor de carácter simbólico. Porque más allá de la anomia social concerniente con la producción, distribución y consumo de drogas que funcionan como mercancía emblemática para la producción de capital económico, está inmerso también lo simbólico, lo cual se conoce como narcocultura.

La narcocultura como subcultura criminal se podría definir como,

formas simbólicas a través de las cuales se idealiza al narcotráfico y a los personajes que participan en él (...) se gestan reglas y comportamientos que

conforman visiones del narcomundo las cuales son compartidas por diferentes grupos sociales, incluso los que no participan en el tráfico de drogas (Becerra, 2020: 159).

La narcocultura como producto y resultado de la actividad humana, alcanza su consolidación en la vida cotidiana a través de la producción y reproducción simbólica que se da en torno a ella. Esto puede ser entendido como producción de capital simbólico, mismo que no puede estar disociado del capital económico debido a su un carácter simbólico y de poder (Bourdieu, 2007). El narcotráfico representa un poder simbólico que necesita ser mostrado y reafirmado, se trata de una exhibición de fuerza material y simbólica. Adquiere valor simbólico y da pauta a la emergencia de una cultura enraizada en la criminalidad, donde la figura del narcotraficante es glorificada como un "héroe". Dicha glorificación no solo está vinculada a la anomia social sino a todo un proceso de creación de subjetividad del narco, relacionada con su mercantilización que lo convierte en un producto de mercado (Valencia, 2010). Esta cultura criminal da paso a un arquetipo de sujeto, principalmente masculino y a un estilo de vida, que se convierte en una forma específica de comportarse en el mundo.

De acuerdo con Pavarini (2016) las subculturas criminales se convierten en un atajo para alcanzar el dinero y el éxito, y las prácticas en torno a ellas "terminan por transformarse en verdaderos y propios valores, la solidaridad entre los miembros del mismo ambiente" (112). El narcotráfico como subcultura criminal promueve un estilo de vida específico y visible, que se ve reflejada en la reconfiguración del *habitus* de ciertos actores sociales. Para Bourdieu (2007), el *habitus* funciona como un "sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones" (86). El capital simbólico del narcotráfico produce pensamientos, percepciones, expresiones y acciones, que están relacionadas con manifestaciones estéticas y comportamientos que interioriza y apropia el sujeto. Este despliegue no involucra solo a quienes

participan en las actividades ilícitas del narco sino que se vuelve un referente a imitar.

En términos de Echeverría (2010), estamos frente a un fenómeno que responde a una circunstancia histórica y a un momento dialéctico del cultivo de la identidad del sujeto. Al ser material y simbólicamente transferible, damos cuenta de que el sujeto es un animal simbólico, por lo que la cultura del narco es resultado de la acción del sujeto y que se ve reflejado en la producción de identidades. El narcotráfico es representado por los sujetos como un símbolo de poder con la capacidad de producir y reproducir efectos en la estructura social. Este valor social de acuerdo con Bourdieu puede ser "como crédito o descrédito, reputación o prestigio, respetabilidad u honorabilidad" (2013: 5), se trata de una cuestión de percepción y apreciación. A pesar de que el narcotráfico se ubica en la ilegalidad, es reconocido como parte de la dinámica social que provee una prueba de distinción. Más allá de ser síntoma de la anomia social representa la emergencia de una sociedad parasitaria que encaja perfectamente con la economía capitalista. Sin dejar de lado, que se trata de un fenómeno social que contribuye a generar identidades sexo-genéricas y subjetividades. En este caso, identidades masculinas vinculadas a un modelo hegemónico que se construye al margen de la legalidad y de la estatalidad.

Masculinidades y narcotráfico: Algunas ficciones sobre el género

Para Núñez y Espinosa (2016), el narcotráfico funciona como un dispositivo de poder sexo-genérico que interviene en la construcción social y subjetiva de un arquetipo masculino. Este dispositivo se puede pensar como una extensión de la masculinidad hegemónica que se erigió al margen de la legalidad y del Estado. El narcotraficante como modelo ideal representa poder, honorabilidad, reconocimiento, liderazgo, entre otras características asociadas con la autoridad y la violencia. Para Valencia (2010), la masculinidad asociada al narcotráfico emerge

en territorios periféricos, no necesariamente inscritos a países pobres o en vías de desarrollo, como es el caso de México; sino también forma parte de las realidades periféricas de potencias económicas. Por ejemplo, en Estados Unidos o en naciones europeas, en las periferias se ocultan realidades como el narcotráfico, lado oscuro del capitalismo y de la globalización, que hace que la interpretación y comprensión sobre la construcción social del género sea más compleja.

Ahora, el estudio del narcotráfico como un fenómeno social complejo desde los estudios de género permite preparar el terreno para interrogar la figura social de los hombres inmersos en la narcocultura y así comprender cómo se vincula con los modelos hegemónicos de la masculinidad (Núñez y Espinoza, 2016). Se puede argumentar que, el narcotraficante como modelo masculino emerge en las periferias que, a pesar de estar anclada a una masculinidad marginalizada, "contribuyen también al sostén del poder de la masculinidad hegemonal, porque interiorizan los elementos estructurales de sus prácticas" (Valencia, 2010: 173). A decir de Connell (1997), en la organización social de la masculinidad, categorías como clase, etnia, territorio, contexto, pobreza, entre otras, interfieren en relaciones de diferenciación entre los varones.

Lo anterior, pudiera significar que la emergencia de identidades masculinas en la periferia no precisamente puede responder a un modelo alternativo y positivo, sino que pueden estar anclados a practicas de crueldad. Esta argumentación sobre la figura del narcotraficante como una identidad masculina periférica empata con lo que señala Sayak Valencia sobre ser cuidadosos en torno a la romantización de la periferia y sus prácticas potencialmente emancipatorias y liberadoras,

no nos muestran el lado oculto y complejo de las acciones emprendidas por estos sujetos periféricos (masculinos), no analizan el impacto que estas prácticas tienen en la normalización de prácticas distópicas y criminales puesto que dejan fuera a una parte importante de sujetos insurrectos creados y alimentados por la globalización (Valencia, 2010: 82).

Una revisión crítica del narcotráfico desde el género más allá de ver a los hombres involucrados en la narcocultura como solo una figura criminal. Nos advierte que, en territorios periféricos los sujetos participan en actos creativos para labrar identidades de género específicas y representaciones sociales en torno a una actividad como el narcotráfico. Esta responde a la desmesura impuesta por el capitalismo, "donde la desigualdad, la violencia, el exterminio se vuelven naturales y son el aceite que engrasa la maquinaria del poder" (Reyes, 2018: 121). La periferia no solo está relacionada con un orden geográfico y económico, está vinculada con la construcción de identidades, lo que permite comprender que el narcotráfico también funciona como un sistema de producción de feminidad y masculinidad, que crea ficciones de género que se sostienen en la heteronormatividad. Estas ficciones de género derivadas del narcotráfico nos hablan de ciertas formas de performar la masculinidad desde ciertos espacios y contextos (Núñez & Espinoza, 2016; León, 2019; Núñez-González & Núñez, 2019; Núñez-González, 2021).

El narcotráfico es un caldo de cultivo para la configuración de un modelo de masculinidad con códigos culturales asociados a la tradicional y hegemónica. Pero, con la diferencia de que esta emerge en los márgenes de la ley y del Estado, sin dejar de lado el cumplir con las demandas de la masculinidad hegemónica (Valencia, 2016). No se pierde el objetivo que es el ejercicio de poder y hace de la figura del narcotraficante un modelo masculino que el sujeto desea alcanzar. El carácter sexo-genérico del narcotráfico es potencializado por toda una producción de prácticas culturales que se dan a su alrededor, por ejemplo, acumulación de capital económico, consumo de música, vestimentas, películas, series televisivas que se dan en torno a este fenómeno. El narcotráfico es un hecho criminal que no solo reconfigura lo político, lo social, lo económico y lo cultural dentro de los territorios en los que se inscribe, existen conexiones con el género (Valencia, 2016).

La pregunta sobre las relaciones que guarda la masculinidad y el narcotráfico permite conocer cómo

es que funciona el capital simbólico del narco como dispositivo de poder sexo-genérico. El narcotráfico produce en los sujetos "ideas, valores, actitudes, percepciones, prácticas, relaciones, subjetividades, identidades sexuales y de género; por supuesto, con arreglo a parámetros heteronormativos y androcéntricos" (Núñez, 2017: 50). Situar el narcotráfico como productor de ficciones de género permite dar cuenta de los matices y de las singularidades en las que se construye socialmente la masculinidad en contextos específicos, como lo es en el caso de la narcocultura. Analizar las ficciones género masculinas en torno al narco es para entender que dentro de la desmesura del capitalismo existen hombres que construyen subjetividades distópicas, que pueden estar vinculadas a un modelo de masculinidad ideal (hegemónica), como algo deseable, por lo que representa (poder y dominación). Para Connell et al. (2021), la masculinidad hegemónica no debe ser vista como una norma cultural, al contrario, como un concepto multidimensional del género que involucra toda una dimensión histórica, como prácticas discursivas y no discursivas. Se puede entender que las ficciones masculinas dentro del narcotráfico pertenecen al abanico de posibilidades en que se puede constituir el género.

Una lectura del narcotráfico desde el estudio de las masculinidades ayuda a comprender que en este fenómeno social emergen identidades masculinas, que no precisamente pueden estar ligadas a un sentido ético. Se identifica que, detrás de la estigmatización que se tiene sobre el narcotraficante como criminal, se debe asumir que se encuentra toda una performatividad de lo masculino. El narcotraficante puede entenderse como una masculinidad ejemplar distópica, que busca legitimarse como un "santo visible" dentro de la desmesura capitalista y de la estructura patriarcal (Echeverría, 2016). Es decir, busca trascender dentro de la escala jerárquica de la masculinidad y ser reconocido. Se trata de una disputa por la hegemonía y por el ejercicio del poder. A decir de Bourdieu (2000), podemos advertir que el fenómeno del narcotráfico involucra una acumulación de capital simbólico para hacer válida la dominación masculina. Al situar a la

masculinidad como objeto de estudio en el narcotráfico no solo nos preguntamos por las ganancias económicas sino por todo lo que se juega al ser el resultado de la práctica histórica y social.

Disputas por el reconocimiento. El narcotraficante como "santo visible"

La modernidad capitalista como proyecto civilizatorio exige a los miembros de su sociedad un cierto tipo de comportamiento y un requerimiento ético, que es definido por la vida económica. Bajo estas exigencias, se promueve cierta identidad civilizatoria que el sujeto debe alcanzar, un tipo de ser humano que sea visible, ubicado como triunfador y que se diferencie de los perdedores. A decir de Echeverría (2016), el capitalismo promueve rasgos identitarios-civilizatorios, donde los sujetos triunfadores se constituyen como la representación del tipo ideal de ser humano moderno, vistos como "santos visibles". El narcotráfico como actividad económica, que, a pesar de los riesgos inminentes, es atractiva para el sujeto por esa posibilidad de alcanzar esa condición de "santo visible". Porque frente a las brechas de desigualdad social definidas por el *ethos* capitalista, los sujetos perdedores provenientes de condiciones estructurales e históricas desfavorecidas ven en el narcotráfico una actividad económica-delictiva que les posibilita posicionarse y ser reconocidos como parte de esos "santos visibles" desde los márgenes de la ilegalidad.

La producción simbólica sobre el narcotráfico ha colocado a esta actividad delictiva como aspiracioncita, donde el narcotraficante es idealizado, glorificado y mistificado, se convierte en objeto de deseo y de goce. Para Echeverría la actividad del narcotráfico sirve al funcionamiento del *ethos* capitalista, se trata de una actividad extrema del trabajo informal, pero que es un mal necesario para la función del capital (Cerbino & Figueroa, 2003). Entonces, el narcotráfico se convierte en una actividad para alcanzar la vida económica moderna capitalista, pero por más abierto que sea este sistema, la figura del narcotraficante

difícilmente puede erigirse como un "santo visible" frente a la cultura dominante. Debido a que, el Estado como portador de la cultura dominante, de la violencia física y simbólica, a través de un discurso y una codificación jurídica, los convierten en una figura criminal (Bautista, 2017). Porque estas actividades delictivas así como los sujetos que participan, son una representación de la crueldad y monstruosidad de la sociedad, es una anomalía que atenta contra los principios de la democracia.

Para Todorov (2014), una de las paradojas de la democracia moderna es que engendra a sus propios enemigos. De esta manera, el narcotráfico y el narcotraficante se erigen como el enemigo público que atenta contra los valores democráticos, pero que a su vez es un mal necesario para el despliegue de la lógica capitalista, como advierte Echeverría (Cerbino & Figueroa, 2003). En esta invención del enemigo, la figura del narcotraficante surge como alteridad, como el Otro, una representación de lo monstruoso que el Estado busca neutralizar para el mantenimiento del orden y del derecho, justificado por un marco legal. Al respecto, Pavarini (2009) explica que, la lectura del criminal como un "Otro" absolutamente "distinto" lo coloca como el enemigo, "cuya peligrosidad no puede ser "gestionada" de otra forma sino a través de su neutralización" (54). En esta paradoja democrática, donde el Estado se escandaliza por las actividades delictivas emergidas del narcotráfico, se percibe como una oportunidad e incluso como elección racional, bastante lucrativa y útil para la organización socio-económica capitalista que actúa de manera paralela, pero con el mismo fin, la acumulación de riqueza.

La actividad socio-económica del narcotráfico es para el sujeto una posibilidad para cumplir con los estilos de vida promovidos por el capitalismo. Aunque su emergencia se dé al margen de la legalidad y de la estatalidad, sin importar que los costos sean altos, como la muerte. El narcotráfico es visto como una transgresión a las normas sociales, es testimonio de la ruptura con las estructuras morales de las relaciones y comportamientos humanos. Podría decirse que, se trata de una amenaza contra la moral y buenas costumbres del orden social que propone

la ética de la modernidad capitalista, donde las actividades y expresiones derivadas del narcotráfico resultan ser una representación grotesca, bárbara e incivilizada. Pero, el narcotráfico como clase social no está interesada en destruir las instancias sociales de las que se nutre, ni tampoco cambiar el orden capitalista, al contrario, busca prosperar comercialmente.

Para Chabat (1994), "los narcotraficantes son capitalistas declarados ilegales, pero cuyo objetivo es precisamente operar dentro de las sociedades capitalistas" (112). Los narcotraficantes bajo esta lógica de acumulación de capital a través del tráfico de drogas ven a esta actividad ilícita como un asunto comercial que necesitan expandir y hacer crecer. Sin embargo, el narcotraficante y sus prácticas son una representación de lo indeseable, de lo despiadado, que "parecen venir de un lugar "otro" contaminado y sobrante" (Agier, 2022: 210). El narcotráfico como actividad económica no afecta el funcionamiento del *ethos* capitalista, pero la figura del narcotraficante no encaja con el *ethos* puritano, no es reconocido como un "santo visible" a pesar de su alto grado de productividad. Debido a que, su imagen no corresponde con el orden ético o civilizatorio que se exige como parte de la condición de la humanidad moderna, que es la blanquitud. Para Echeverría (2016), la blanquitud no está asociada con la blancura étnica o de la piel, más bien con una demostración, apropiación e interiorización del *ethos* capitalista relacionado con rasgos visibles y específicos, que el narcotraficante como sujeto no representa.

El narcotraficante busca su legitimación en una sociedad concreta, capitalista. Pero, su productividad económica no es suficiente para erigirse como "santo visible", a pesar de que algunos de sus personajes como Joaquín "El Chapo" Guzmán y Pablo Escobar, hayan aparecido en algún momento de la historia en la lista de Forbes de las personas más acaudaladas. El capitalismo como proyecto civilizatorio traza una orientación social y corporal, donde no todos los sujetos tienen lugar dentro de la cultura dominante. En este caso, el narcotraficante es una representación grotesca de la civilización moderna, su presencia como un sujeto con una gran acumulación

de capital, con un alto consumo de bienes materiales y simbólicos, es sancionado porque irrumpe en lugares donde no debe estar. Lo anterior, a pesar de que su negocio se adapta perfecto al modelo capitalista.

En términos de Echeverría (2016), el narcotraficante como sujeto social y emprendedor comercial difiere de la representación del individuo triunfador del ser humano moderno-capitalista que se convierte en "codeterminante de la identidad moderna del ser humano como una identidad civilizatoria capitalista" (61). El narcotraficante como sujeto, es expulsado porque no cumple con aquella condición que se convierte en imprescindible en la concreción de lo humano por lo que busca otras formas de reconocimiento simbólico de estatus social (Valencia, 2010). De esta manera, el narcotráfico como una actividad comercial que opera al margen de la estatalidad, el sujeto masculino busca blanquearse para obtener su condición de humanidad moderna y ser reconocido como un "santo visible" del capitalismo.

Narco y masculinidad: Una proyección distópica del sujeto masculino

En un contexto de globalización y de neoliberalismo rampante, aumentan las brechas de desigualdad social, las divisiones de clase, por ende, las dinámicas en las relaciones de género que impacta en la vida de los hombres. Para Connell (2018) y Valencia (2010; 2016), la violencia estructural derivada de la globalización, capitalismo, neoliberalismo y de los cambios políticos, tiene impacto en la construcción de subjetividades, cuerpos y masculinidades. Por ejemplo, en el contexto del narcotráfico emergen masculinidades violentas, que responden a los órdenes de género locales y regionales anclados a nuevos patrones de hegemonía de la cultura dominante. De este modo, "la masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable" (16). La emergencia

del narcotraficante como sujeto masculino, a pesar de su representación de una otredad indeseable y monstruosa, forma parte del *homo economicus* porque contribuye a la producción y acumulación de capital.

El narcotraficante es el *homo economicus* desechado, una proyección distópica del capitalismo y de la masculinidad, que se constituye en la sombra de la ilegalidad y de la violencia, y que forma parte de las disputas políticas contemporáneas (Estévez, 2019). El narcotraficante como *homo economicus* desechado forma parte de esa masculinidad corporativa que monopoliza la violencia en sus formas más cruentas para alcanzar el reconocimiento y cumplir con las demandas de la masculinidad más nocivas, que es principalmente el acceso al poder. El sujeto masculino es un sujeto de deseo y goce, que, frente a las desventajas socioeconómicas y al no tener otras formas de sobrevivir y/o proveer, encuentran en la economía de la muerte, narcotráfico, una posibilidad para preservar y reforzar su virilidad. Entonces, la búsqueda del reconocimiento es justificada por un proyecto civilizatorio que promueve un individualismo cargado de un enfoque competitivo con cierto carácter despiadado para conseguir metas personales y corporativas.

El narcotraficante como figura distópica masculina forma parte de la configuración contemporánea de la dominación de género y de sus estrategias de dominio, situadas en el cinismo y en la hiperviolencia (Parrini, 2016). El narcotráfico se traduce como una expresión simbólica antagonista del modelo civilizatorio moderno, se trata de una representación de la irregularidad, la diferencia y la anomalía. En términos de Cortés (2022), el narcotraficante es una figura monstruosa, el otro, que anuncia la pérdida del sentido de la vida, se trata de la manifestación de la erosión del tejido social. Es "una creación convulsa y vacía de lo diverso y lo enfermizo. La falta de razón, eticidad y consistencia lo ha llevado a directrices erosionadas. Seres que promueven la violencia" (Cortés, 2022: 20). Empero, las ficciones masculinas que se producen en el narcotráfico son una representación grotesca de lo humano que encaja perfectamente en la economía capitalista en su forma más extrema, enraizada en la violencia y la muerte.

Las nuevas formas de dominación en medio de las crisis de las democracias contemporáneas dejan intacto el dominio masculino, solo sigue "bajo nuevas retóricas, camuflado en muchos sentidos y produciendo otras prácticas sociales" (Parrini, 2016: 30). En medio de la desmesura, en el narcotráfico se establecen nuevos pactos simbólicos para heredar y compartir el poder. Para Valencia (2010), la proyección distópica del narcotraficante como modelo masculino se constituye en el "lado B" de la globalización, donde el sujeto ve en el crimen una ruta de acceso al poder y cumplir con los valores capitalistas y patriarcales. La genealogía masculina vinculada con el narcotráfico, "lado B" del capitalismo y la globalización, hace de la violencia y la muerte un negocio rentable. Por contradictorio que parezca, la figura del narcotraficante como modelo masculino se asocia a una nueva masculinidad que se nutre de la desmesura, de la crueldad, del miedo y de la violencia para hacerse notar como una "santidad".

Sayak Valencia en una conversación con Camilo Retana (2023) argumenta que, frente a un proyecto civilizatorio como el capitalismo que vende un placebo cargado de frustración y que no ofrece nada de alivio para los que viven con mayores desventajas, los sujetos masculinos subordinados buscan alternativas entre la masculinidad endriaga y la masculinidad conquistadora (hegemónica) para obtener reconocimiento. En un principio, Valencia (2010) definía al sujeto endriago masculino como aquel individuo que "decide hacer uso de la violencia como herramienta de empoderamiento y de adquisición de capital" (90), vinculado principalmente al crimen y al narcotráfico. En estos momentos de la historia no se puede limitar solo a eso, se extiende a las democracias contemporáneas donde se glorifica el nacionalismo, el sexismo, clasismo, racismo y la misoginia, es decir, todo aquello que exalte una masculinidad violenta. Sin dejar de lado, los megaproyectos de desarrollo, que atentan contra la vida y la naturaleza. Un ejemplo, los megaproyectos hidroeléctricos y mineros. En este sentido, el sujeto endriago no solo está anclado al crimen. Pero, quienes eligen el narcotráfico como actividad económica emprenden una lucha por el poder para consolidarse como

"santo visible" en su representación distópica.

Para Sayak Valencia el narcotraficante como sujeto endriago "quiere que el conquirio lo reconozca, pero este nunca lo va a reconocer porque no es un igual" (Retana, 2023: 69), a pesar de su hipervisibilización debido a su gran acumulación de capital por ser emprendedor comercial. Su emergencia como sujeto sigue siendo una otredad indeseable que encaja perfectamente con la máquina de la economía capitalista, hasta ahí solamente. En términos de Echeverría (2016), se puede argumentar que el narcotraficante como figura distópica masculina, es resultado de la modernidad capitalista que como proyecto civilizatorio crea masas amorfas y anónimas dotadas de una concreción falsa, que si bien se ve como una figura que irrumpe en la cultura uniformadora y dominante, contribuye perfectamente a mantenerla.

El capitalismo contemporáneo y nihilista, impone figuras desmesuradas y de goce. No solo produce, también es un régimen que destruye las capacidades del sujeto para dar sentido al mundo, inhibe su potencialidad para transformar la realidad. A decir de Reyes (2018), la crueldad del pacto capitalista y patriarcal ve en la muerte un remedio para satisfacer su goce, porque "produce tecnologías que permiten al sujeto <ocuparse de sí>, de su goce, de su concupiscencia y coloca velos en la mirada para no prever qué fuerzas desatan, cuántos muertos se producen en la realización del deseo" (121). La masculinización del sujeto en el "lado B" del capitalismo, es una ficción política viva que responde a relaciones de jerarquía y exclusiones, al servicio del capital e incluso del Estado, debido a que gobiernan en el cuerpo y subjetividades de los varones. Para Valencia (2020), los hombres están capturados bajo la necesidad de sentirse legitimados, por lo que buscan alternativas para hacerlo y no perder su virilidad. Ahora, en medio de esta vorágine, el sujeto ha buscado distanciarse de los parámetros que impone el orden dominante que niega aquello que pueda emerger como una alternativa frente a la crueldad.

Conclusiones

Este artículo tuvo como propósito realizar una serie de reflexiones sobre el narcotráfico como un fenómeno sociocultural que tiene incidencia en la producción y reproducción de ficciones de género, debido a su carga simbólica. El narcotráfico como objeto de estudio desde el género y las masculinidades permite entender que este fenómeno social contribuye a la conformación de identidades sexo-genéricas y subjetividades. Más allá de ser una actividad económica-criminal es un espacio de socialización que por su carga simbólica e ideológica responde a circunstancias históricas que se traducen en un ejercicio dialéctico del cultivo de la identidad del sujeto masculino. Esta triada narcotráfico-cultura-género no solo ayuda a comprender el sentido de la estética y los modos de vida que emergen dentro de la cultura del narco, también cómo se construyen ciertas identidades masculinas que están vinculadas al modelo hegemónico. El narcotráfico es una trama social y de género donde el sujeto masculino fabrica su identidad dentro de la economía de la muerte, al margen de la legalidad y de la estatalidad, en busca de reconocimiento, validación y aceptación de sus pares masculinos.

Las ficciones de género masculinas que se constituyen en torno al narcotráfico es una representación indeseable del sujeto moderno, que no puede ser reconocido como un "santo visible", un triunfador. Pero, que asiste perfectamente a conservar la cultura dominante. Es decir, su representación perjudicial, indeseable y distópica alimenta la maquinaria del poder porque las formas en que accede a él, no se contraponen con el *ethos capitalista*, referente al acceso a la riqueza y acumulación de capital. Esta representación cruel y monstruosa de la masculinidad asociada al crimen es una figura que el Estado busca neutralizar y castigar, sin embargo, de manera perversa forma parte del *homo economicus* porque no se contraponen al *ethos* capitalista.

Desde los estudios de género y las masculinidades pensar la masculinización del sujeto en medio de

fenómenos sociales complejos como el narcotráfico, no es para presentar una posición esencialista y condenatoria del sujeto masculino. Al contrario, es para abonar a las reflexiones sobre la complejidad en que se da la construcción de las identidades masculinas. Para profundizar en las interrogantes que ayuden a entender cómo frente a las exigencias y la desmesura de la modernidad, los varones nacidos en condiciones y contextos desfavorecidos, es captada su masculinidad por el narcotráfico y encuentran allí una posibilidad de sobrevivir y existir como sujetos masculinos. Entonces, esto significa que aquellos nuevos imaginarios masculinos que pudieran emerger no precisamente empatan con la desobediencia hacia los imperativos masculinos.

Estas reflexiones no solo buscan fortalecer las tesis sobre el funcionamiento del narcotráfico como un dispositivo de poder sexo-genérico como se ha estudiado. Sino ampliar los horizontes de comprensión sobre cómo es que opera el sistema patriarcal y sus valores axiológicos desde las fronteras de la ilegalidad y la crueldad, en construcción de identidades masculinas. El enunciar los procesos de masculinización del sujeto en el "lado B" del capitalismo, como lo menciona Sayak Valencia, es para exponer que la inserción de los varones en el mundo criminal es resultado de las exigencias sociales impuestas por el capitalismo. El sujeto masculino ve en las actividades criminales como el narcotráfico, una posibilidad para alcanzar prestigio y estatus. Se trata de una estrategia de sobrevivencia para no ser borrados socialmente.

De esta manera, la emergencia de nuevas masculinidades no siempre está asociada con el nacimiento de nuevos sujetos políticos que encaminan sus acciones hacia el bien común. Al contrario, la emergencia nuevos paradigmas masculinos pueden estar anclados a la apropiación de la violencia para constituirse como un ser humano moderno-capitalista. Las preguntas por la construcción social de la masculinidad es una ruptura con lo obvio. Por lo que enfatizar en estas dinámicas criminales donde se gesta otros modos de ejercer la masculinidad, es aventurarse a romper con la mirada obtusa cuando se habla sobre nuevas masculinidades, como si su emergencia tuviera

un único camino que es el de la ética. El analizar esto permite observar que el sujeto no siempre emprenderá el camino por senderos que le permitan desanclarse de los grilletes que le arrebatan su condición humana. El sujeto puede elegir el camino de la desmesura para encarnar una masculinidad que le permita emprender una lucha fálica por el poder.

Para finalizar, el arquetipo masculino que emerge del narcotráfico como fenómeno sociocultural se presenta como una figura idílica para el capitalismo, debido a que no representa ningún riesgo. Al contrario, la figura del narcotraficante en el capitalismo representa una figura emprendedora, un empresario, por lo que su emergencia se adapta perfectamente a leyes capitalistas. Es importante destacar que el narcotráfico representa más que la anomia social y la ausencia de la ética en el ejercicio del poder, así como la ausencia de la estatalidad para frenar el despliegue de su barbarie y de las violencias. Se debe advertir que estamos frente a un fenómeno que se ha logrado posicionar como un dispositivo de poder sexo-genérico que dicta normas morales sobre la constitución de subjetividades y cuerpos masculinos. Por tal motivo, estamos frente a la necesidad de ampliar nuestros horizontes sobre las reflexiones en torno a la masculinización del sujeto.

Bibliografía

- Agier, M. (2022). "Indeseable, un concepto político". *Diarios del Terruño*, (13): 208-212. https://www.revistadiariosdelterrano.com/wp-content/uploads/2022/12/Nota.01.MichelAgier.DT_.pdf.
- Ávalos, G. (2016). *Ética y política para tiempos violentos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Bautista, M. (2017). *El murmullo social de la violencia en México. La experiencia de los sujetos afectados por la guerra contra el narcotráfico*. México: Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública/ Cámara de Diputados LXIII Legislatura/ Universidad Autónoma Metropolitana.

- Becerra, A. (2020). "Narcocultura y construcción de sentidos de vida y muerte en jóvenes de Nayarit". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 25 (50): 157-175. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31661318006>.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Argentina: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2013). "Capital Simbólico y Clases Sociales". *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, (55): 1-13. <https://biblat.unam.mx/hevila/HerramientaBuenosAires/2013/no52/9.pdf>.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. España. Paidós.
- Castillo-Carrillo, G. (2021). "Esquizoanálisis y necropoder: la representación del (narco) capitalismo y la violencia en la narconarrativa mexicana reciente". *Sincronía*, 25(79): 282-299. <https://doi.org/10.32870/sincronia.axxv.n79.15a21>.
- Cerbino, M. & Figueroa, J. (2003). "Barroco y modernidad alternativa Diálogo con Bolívar Echeverría". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, (17): 102-113. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901712>.
- Chabat, J. (1994). "Seguridad nacional y narcotráfico: vínculos reales e imaginarios". *Política y Gobierno*, 1(1): 97-123. <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/625>.
- Connell, R. & Messerschmidt, J. (2021). *Traducción de Barbero, Matías de Stéfano y Morcillo, Santiago. "Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto". RELIES: Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, (6): 32-62. <https://doi.org/10.46661/relies.6364>.
- Connell, R. (1997). "La organización social de la masculinidad". En: Teresa Valdés y José Olavarría (eds). *Masculinidad/es: poder y crisis*. Chile: ISIS-FLACSO, pp. 31-48.

- Connell, R. (2018). *Masculinidad hegemónica*. México: Tsunun.
- Córtés, J. (2022). *Semántica de la crueldad. Monstruosidad, sujeto y violencia*. México: Cofradía de Coyotes.
- Echeverría, B. (2010). *Definición de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Echeverría, B. (2016). *Modernidad y blanquitud*. México: Era.
- Estévez, A. (2019). "Introducción. Mediación en la necropolítica y la biopolítica: produciendo el homo economicus neoliberal y desechable". En: Ariatna Estévez (ed.). *La mediación en el régimen de subjetividad bio/necropolítica: De la minería de datos al consumo comercial de lo violento*. México: UNAM, pp. 9–21.
- Kaen, C. (2006). "Pobres porque quieren..., fronteras identitarias locales". NOVUM. *Revista de Ciencias Sociales Aplicadas*, (31): 73–90.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=571365155005>.
- León, A. (2019). *La Femenidad Buchona: performatividad, corporalidad y relaciones de poder en la narcocultura mexicana* (Tesis doctorado). México: El Colegio de la Frontera.
- López, M. (2013). "Filosofía hermenéutica y género". *Asparkia. Investigación Feminista*, (11): 105–117.
<https://www.e-revistas.uji.es/index.php/asparkia/article/view/909>
- Mardones, K. & Saavedra, G. (2018). "Repensando las relaciones de género desde la hermenéutica de Hans-George Gadamer". *Revista Punto Género*, (10): 151-171.
[file:///C:/Users/Pc/Downloads/gcastillo,+Gestor+a+de+la+revista,+Repensando+la+relaciones+de+g%C3%A9nero+desde+la+hermen%C3%A9utica+de+Hans+%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Pc/Downloads/gcastillo,+Gestor+a+de+la+revista,+Repensando+la+relaciones+de+g%C3%A9nero+desde+la+hermen%C3%A9utica+de+Hans+%20(1).pdf)
- Núñez, G. & Espinoza, C. (2016). "El narcotráfico como dispositivo depodersexo-genérico: crimen organizado, masculinidad y teoría queer". *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 3(5): 90–128. <https://doi.org/10.24201/eg.v3i5.119>.
- Núñez, G. (2017). "'El mal ejemplo': masculinidad, homofobia y narcocultura en México". *El Cotidiano*, (202): 45–58. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32550024005>.

Núñez-González, M. & Núñez, G. (2019). "Masculinidades en la narcocultura de México: "los viejones" y el honor". *Región y sociedad*, 31: 1–23.

<https://doi.org/10.22198/rys2019/31/1107>.

Núñez-González, M. (2021). "Honor y clase: una producción violenta de masculinidades honorables del narcotráfico y la narcocultura en México". *A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales*, 14: 57–81.

<https://revistas.upaep.mx/index.php/ayh/article/view/235/219>.

Parrini, R. (2016). *Falotopías. Indagaciones en la crueldad y el deseo*. México: IESCO/PUEG/UNAM.

Pavarini, M. (2009). *Castigar al enemigo Criminalidad, exclusión e inseguridad*. Ecuador: FLACSO.

Pavarini, M. (2016). *Control y Dominación. Teorías criminológicas burguesas y proyecto hegemónico*. México: Siglo XXI.

Puleo, A. (2013). "El concepto de género como hermenéutica de la sospecha: de la biología a la filosofía moral y política". *Arbor*, 189 (763): a070.

doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2013.763n5007>.

Retana, C. (2023). *Cartografías de género*. Argentina: CLACSO.

Reyes, Á. (2018). "El punto faustico: Genealogía de la desmesura del cuerpo en capitalismo contemporáneo". En: José Cortés y Álvaro Reyes (eds). *Lo Fáustico y lo Prometéico. Las desmesura del sujeto y del cuerpo en la sociedad contemporánea*. México: Cofradía de Coyotes, pp. 79–124.

Todorov, T. (2014). *Los enemigos íntimos de la democracia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. España: Melusina.

Valencia, S. (2016). "Género(s) y narcocultura". En: Juan Ramírez-Pimienta y María Tabuenca (eds). *Camelia la texana y otras mujeres en la narcocultura*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 239–262.

Ojeda-Gutiérrez, J. (Septiembre-Diciembre, 2024). "Narcotráfico y género: La masculinización del sujeto y la configuración de proyecciones distópicas de la masculinidad" en Internacionales. Revista en Ciencias Sociales del Pacífico Mexicano, 7(16): 18-42

Valencia, S. (2020). "Necromasculinidad y democracia". *Proyecto Ballena*. Recuperado de: <https://proyectoballena.cck.gob.ar/sayak-valencia-necromasculinidad-y-democracia/> (Fecha de consulta 06/09/2024).

Villamizar, L. (2019). "La hermenéutica como herramienta en la investigación cualitativa". *Gerentia*, (2): 239-250. <https://investigacionuft.net.ve/revista/index.php/Gerentia/article/view/354>